



Isla Juan Fernández.

El Miradero de Selkirk

Por
Ricardo VALENZUELA

Hace años un diario sueco hizo un concurso cuyo premio consistía en un viaje a la legendaria isla de Róbinson Crusoe. Ganó el premio un niño de 15 años que viajó a Chile por avión y en Valparaíso se embarcó en el remolcador "Poderoso" para gozar de la feliz recompensa que su constancia le había deparado. Se encontró sin embargo con que la isla no correspondía a lo que había soñado, pues por falta de caminos o fáciles vías de acceso no pudo visitar lugares que le habrían encantado. Por la misma época el autor de este relato fue también a la isla y quiso visitar el Miradero de Selkirk ocurriéndole mas o menos lo mismo que al joven sueco. Ahora recuerdo esa experiencia y espero que las cosas habrán cambiado sobre todo cuando se desea hacer de aquel bello e histórico lugar un provechoso centro de atracción turística.

El capitán Powell, de la fragata de S.M.B. "Topaze" colocó hace bastantes años una placa de bronce cuidadosamente labrada en el arsenal de Portsmouth, en el preciso sitio desde el cual Alejandro Selkirk, el famoso náufrago, atisbaba el mar diariamente, durante sus cuatro años de memorable permanencia en la isla.

—Tenemos que ir a visitar ese sitio— le dije al patrón de la goleta que me llevó a Juan Fernández—. Es algo que no debemos perdernos.

Pero el hombre se quedó impertérrito. Luego replicó:

—No siento ninguna inclinación por las excursiones fatigosas. Además, debo permanecer a bordo para recibir las langostas.

Fui a tierra sin ninguna compañía. El día estaba hermoso y soleado. Apenas si unas nubecillas débiles y blancas flotaban sobre la cima de "El Yunque". Junto al muelle, dos viejos cañones españoles, clavados en el suelo, servían de bitas de amarre

a pequeñas embarcaciones blancas y graciosas que se balanceaban en la orilla.

—Necesito visitar el Miradero de Selkirk...— dije a un hombre que encontré al paso—. ¿Cuál es el camino?

Nos hallábamos en una callecita en plano inclinado, donde crecía la yerba a su antojo.

El isleño me miró de arriba abajo.

—¿El Miradero...?

Se volvió y señaló la parte montañosa de la isla:

—Bueno... Tendrá que conseguir una cabalgadura. Son quinientos metros sobre el nivel del mar. Apenas hay un sendero para subir.

La brisa fresca traía un grato olor de tierra húmeda, de vegetación, porque la víspera había llovido.

—¿Dónde?— inquirí.

—Bueno... al otro lado de la isla. Tendría que procurar se una embarcación... En seguida...

La goleta, blanca y esbelta, se mecía en la bahía Cumberland. Algunas gaviotas revoloteaban sobre ella. Sin duda el patrón vasco ya había abierto el vivero para recibir las langostas.

—¿No habría otra forma de llegar a ese Miradero?

—Bueno... Si usted quiere un burro...

Dio las señas y me encaminé resuelto donde el propietario del burro.

Un poco más arriba, en la callecita... una casa pequeña, pintada de rojo, una verja de madera... el jardín, el tic tac de la tijera de podar. La mujer cortaba flores. A través de la ventana abierta, una habitación amplia, la mesa con hule, un aparador antiguo, loza, floreros.

—En este momento mi marido anda en la mar— dijo comprendiendo que hablaba con un forastero—. Volverá a eso de las once... Vaya al muelle y pregunte por Acacio. Todos lo conocen...

Un pequeño arroyo pasaba junto a la verja. El agua cristalina se abría paso entre arbustos y pequeños helechos. Estos arroyos proceden de las numerosas vertientes de la isla. Los antiguos piratas venían a hacer aguada en ellas.

Pronto estuve de nuevo en el muelle.

—Sí, yo soy Acacio— me contestó un hombre joven y colorado a quien pregunté si conocía a Acacio.

—¡Ah!, muy bien... Deseo un asno para subir al Miradero de Selkirk... Quiero contemplar el panorama que desde ahí se domina... Hay una placa labrada por los obreros del arsenal de Portsmouth para honrar la memoria del naufrago más famoso del mundo... La colocó el capitán Powell... de la fragata...

Acacio me observó unos instantes con curiosidad. Su rostro rubicundo denotaba extrañeza.

—¿Cómo?

Tal vez mi discurso fue excesivo. Quizá Acacio ignoraba quienes eran Selkirk y Powell, por lo menos así, tan de repente.

Posiblemente le induje a confusión, mezclando en el asunto a los obreros de Portsmouth.

—Bien...— replicó después de reflexionar un minuto—.

Aquí no ha llegado últimamente ningún náufrago tan famoso como el que usted dice, fuera de Antonio, a quien se le dio vuelta el bote la semana pasada por querer embarcar más langostas de las que puede... Pero, en fin, sucede que el único burro que poseo está enfermo. Ahora, si a usted no le importa...

Marchamos hacia el domicilio de Acacio. Tres o cuatro hombres fumaban en la puerta de la pulpería. Unos niños salían corriendo de la escuela. Reinaba una paz campesina. Costaba pensar que se hallaba uno rodeado de millas y millas de océano.

Llegamos a la casa. Atravesamos el huerto. Fuimos a la pesebrera.

En seguida me percaté que el asno se hallaba realmente enfermo.

Era un viejo asno remolón, al que habían puesto una capa. Una capa bien cortada, aunque confeccionada de sacos, al estilo de las otras, elegantes, que ponen a los caballos de carrera.

Le acaricié el lomo. Me envolvió en una mirada apacible. Levantó las orejas. Tenía unos ojos dulces.

—Creo que está enfermo de los bronquios— arguyó Acacio—. Tose y se cansa con mucha facilidad. Es cuestión de que usted no le quite la capa. Se llama Acacio II. Lo bautizó mi mujer.

* * *

Partimos a eso de la una, solos, Acacio II y yo en su grupa. El sol estaba alto y el mar centelleaba como una bandeja de plata. Poco a poco desaparecía la humedad de la tierra. Un vaho fino, en forma de tenue niebla, emanaba de los matorrales más espesos. Las casas se veían limpias, brillantes, alegres. Sus interiores debían oler a frutas guardadas para madurar. Los árboles, de un verde vivo, parecían recién lavados.

Apenas nos alejamos unas cuadras del pueblo de San Juan Bautista, Acacio II y yo nos sumergimos en un silencio de siesta campestre. Aquí y allá, en el valle, se veían frondosos pangués con sus enormes hojas en forma de paraguas. ¡Qué lejos nos hallábamos de todo!

—¿No es verdad, Acacio II, que ésta es la verdadera vida?

Acacio II movió ligeramente las orejas. Pero no parecía muy contento. Tal vez ya le eran indiferentes estos senderos por donde había retozado de joven. Seguramente no le importaban ya mucho ni la isla ni la vida.

Mientras tanto yo divagaba... "Si tuviera una gran fortuna... me gustaría comprar una isla... y hundirme en la soledad y..."

De improviso el asno se detuvo.

En realidad estaba muy enfermo. Desmonté y le acomodé la capa lo mejor que pude. Permanecía quieto. Me miraba como resignado, pero seguramente me consideraba un importuno.

—Acacio II— le dije acariciándole el cuello y del modo más suave que pude—. Quizá tú conoces el Miradero de Selkirk... Yo he venido de muy lejos... sin ánimo de incomodarte, pero...

Le sobrevino un acceso de tos, o algo muy semejante. De todas maneras, algo serio. Podía ser un principio de infarto provocado por la subida. Esto me preocupó mucho. El asno podía morirse allí, sin ningún recurso. Y por culpa mía.

Salté a tierra.

Ya desmontado le quité la rienda y lo dejé en completa libertad.

Le murmuré en tono afectuoso:

—Mira Acacio II. Si hay por aquí alguna yerba que conozcas y te alivie, puedes tomarla y masticarla tranquilamente. Yo no tengo ninguna prisa en llegar al Miradero de Selkirk. Antes que nada considero tu salud. ¿Estás sofocado? ¿Quieres que te retire la capa?

Ciertamente no hubo respuesta.

Sin embargo mi conducta debió parecerle correcta, pues se llegó a la vera sombreada del sendero y se recostó. Su respiración era dificultosa. Le ajusté la capa de nuevo, acariciándole amistosamente las crines. Con sus grandes ojos tristes, me miraba agradecido y confiado.

* * *

El sol había hecho ya casi las dos terceras partes de su camino al oeste.

La isla entera parecía adormecida en medio de un silencio profundo. Algo como un sopor flotaba en el aire. De cuando en cuando llegaba hasta nosotros el rumor del mar desde las rompientes más próximas.

¡Pobre Acacio II!

Casi al anochecer llegamos al pueblo de San Juan Bautista.

Como el pueblo está orientado hacia el norte, ni siquiera disfrutamos de la puesta del Sol.

—Mi marido anda otra vez en la mar— me dijo la mujer a manera de recibimiento—. ¿Y cómo se portó Acacio II?

—Quedamos a mitad de camino— repliqué—. No llegamos al Miradero de Selkirk... No pude descubrirme ante la placa del capitán Powell. Por lo demás, señora, usted debe mandar el asno al continente a que le vea un veterinario. Acacio II está muy enfermo.

Dentro de la casa brillaba la luz de una lámpara de parafina. De la cocina venía un grato olor de comida. Un perro husmeaba y ladraba detrás de la verja del jardín. El aroma de las flores se mezclaba con el de la respiración del océano que está presente en toda la isla.

Le repetí:

—Tiene usted que preocuparse, señora. Acacio II está muy enfermo.

El burro había entrado en su corralillo y parecía muy fatigado.

—Sí— replicó ella—. Está muy viejo. Morirá cualquier día. Miré por última vez a la pesebrera.

Acacio II se había echado en la paja y dormía.